



Revista de El Colegio de San Luis

ISSN: 1665-899X

revista@colsan.edu.mx

El Colegio de San Luis, A.C.

México

Reyes Eguren, Adán

Juventudes migrantes. Indocumentados, invisibilizados y mitificados. Marco conceptual
para una agenda de investigación en el estudio de la migración juvenil

Revista de El Colegio de San Luis, vol. III, núm. 5, enero-junio, 2013, pp. 288-307

El Colegio de San Luis, A.C.

San Luis Potosí, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=426239579012>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Juventudes migrantes

Indocumentados, invisibilizados y mitificados. Marco conceptual para una agenda de investigación en el estudio de la migración juvenil

RESUMEN

Cuando se habla de migración internacional, a menudo se menciona la predominancia de individuos en edades productivas dentro del flujo México-Estados Unidos. Pero también a menudo se pasa por alto que una proporción nada despreciable de este flujo se compone de jóvenes cuyas experiencias migratorias están permeadas por objetividades y subjetividades relativas a la forma en que se vivencia localmente la “juventud”. Desde una perspectiva antropológica, el presente trabajo hace una breve revisión de aportes que focalizan al joven como actor protagónico de la migración para establecer algunos nexos conceptuales que ayuden a seguir abundando en el tema. La propuesta es seguir conjuntando literatura que permita acercarnos a nuevas explicaciones sobre las transformaciones del proceso migratorio México-Estados Unidos y en la que la perspectiva de los actores sea fundamental para entender la complejidad de los comportamientos migratorios.

PALABRAS CLAVE: MIGRACIÓN MÉXICO-ESTADOS UNIDOS, RITOS DE PASO, JUVENTUDES, JÓVENES MIGRANTES.

ABSTRACT

When speech of international migration, often is mentioned the predominance of individuals in productive ages within United the Mexico-State flow. But also often one goes through stop that a proportion nothing far from negligible of this flow one is made up of young people whose migratory experiences are permeadas by objetividades and subjectivities regarding the form in which experience locally “youth”. From an anthropological perspective, the present work makes a brief overhaul of contributions that focus to the young one like starring actor of the migration to establish some conceptual nexuses that help to continue abounding in the subject. The proposal is to continue combining Literature that allows to approach to us new explanations on processings of the migratory process United Mexico-State and in that the perspective of the actors it is fundamental to understand the complexity of the migratory behaviors.

KEYWORDS: MEXICO-UNITED STATE MIGRATION, RITES OF STEP, YOUTHS, MIGRANT YOUNG PEOPLE.

JUVENTUDES MIGRANTES INDOCUMENTADOS, INVISIBILIZADOS Y MITIFICADOS. MARCO CONCEPTUAL PARA UNA AGENDA DE INVESTIGACIÓN EN EL ESTUDIO DE LA MIGRACIÓN JUVENIL

ADÁN REYES EGUREN

INTRODUCCIÓN

Durante las décadas de los ochenta y noventa, las sociedades guiadas por las nociones de modernidad y desarrollo en la lógica capitalista se encaminaron hacia nuevas tensiones y dilemas para diferentes grupos sociales a su interior. Durante este periodo la influencia de las instituciones que proponían la integración a la vida social se vio disminuida por el desfase entre su estructura y la reestructuración puesta en marcha por una nueva etapa de globalización del poder político y económico. En este proceso, se crea un mundo de “ganadores y perdedores”, reflexiona Giddens (1999), en el cual los jóvenes ejemplifican un claro caso de los “perdedores” en la globalización (Mills y Blossfel, 2005).

En México, este fenómeno ha puesto a los jóvenes en el centro de la cuestión social. Las bajas oportunidades de empleo, la dificultad para realizar trayectorias escolares de éxito y la incertidumbre de obtener seguridad social y financiamiento son algunos de los elementos que suelen ser citados para ejemplificar las dificultades que enfrenta el joven en el intento de integrarse plenamente a la sociedad. Son también elementos que pueden ayudar a entender el constante proceso de exclusión social que para muchos se traduce en la necesidad de desplazarse territorialmente con la intención de superar la vulnerabilidad.

Si consideramos que, al menos de 1995 a 2008, las estimaciones anuales de la Encuesta sobre Migración Internacional en la Frontera Norte (EMIF) demuestran que más de 50 por ciento de la población migrante está compuesta por individuos entre los 15 y 29 años; podemos tomar como supuesto que la migración es predominantemente una opción para la población demográficamente definida como los jóvenes.¹

¹ Para 2009, la población migrante entre 15 y 29 años de edad representó 45.8 por ciento del flujo total captado para el levantamiento de ese año. Es difícil asegurar que se trate de un retraimiento en la migración de los jóvenes, sobre todo cuando este porcentaje es observado ante 57 por ciento de individuos de 15 a 29 años que fueron deportados por la patrulla fronteriza ese mismo año. La última publicación de la EMIF es de 2011, con datos de 2009.

Más allá de la presencia numérica de los jóvenes en la migración, la importancia de focalizarlos como actores centrales en la investigación social radica, según lo considero, en superar la perspectiva que concibe su migración como una estrategia familiar, supeditada a los jefes de familia o como fenómeno emergente al lado de otros procesos migratorios de mayor visibilidad, como en el caso de la reunificación familiar. Esta visión no es ya compatible con la demanda imperante de conocer la realidad social de una juventud con expectativas, oportunidades y constricciones diversas, en la que la misma imagen del joven, arrastrado mecánicamente hacia la migración a causa de las desventajas de su entorno, resulta en un estereotipo reduccionista. En el reconocimiento de esta necesidad, poco a poco se ha ido sumando una bibliografía que supera estas visiones y ofrece un marco oportuno para reflexionar sus aportes sobre la cara que muestra la migración al focalizar a los jóvenes como protagonistas de este fenómeno.

En correspondencia, el ejercicio que ocupa estas páginas consistirá en hacer una breve revisión de esos aportes, que desde una perspectiva antropológica focaliza la migración del joven como actor protagónico para discutir los puentes conceptuales que los unen y establecer nuevas preguntas de interés respecto a la relación migración/juventud. Para efecto de este propósito, a continuación se abordarán algunas nociones sobre el concepto de juventud para ubicar a ese actor migratorio al que nos referimos como “joven”. Luego de esto, en los apartados subsiguientes abordaremos la exposición de algunos trabajos relevantes; se discutirá sobre la predominante idea de la “migración del joven como rito de paso” y dedicaré un apartado final para sugerir una agenda investigativa a la luz de los aportes ya construidos.

¿PODEMOS CONJUNTAR LAS NOCIONES “MIGRACIÓN” Y “JUVENTUD” EN UN MISMO ACTOR SOCIAL?

Cuando se toca el tema de los jóvenes migrantes regularmente surgen dos objeciones al hecho de conjuntar “migración” y “juventud” en una misma categoría, que denota un contraste en la forma en que esta relación es interpretada. Por una parte, cuando se habla de migración laboral los sujetos que migran son considerados aptos para desempeñar una actividad productiva, cumplen con obligaciones económicas y se separan del núcleo familiar de origen; por tanto, no son jóvenes y se les puede considerar como adultos (si acaso, adultos menores). En un sentido contrario, también se argumenta que en contextos locales dichos sujetos no

gozan de alguna protección, institucional o familiar, que permita un periodo de moratoria respecto a las obligaciones propias de los adultos y/o la agregación identitaria a un determinado imaginario de “lo juvenil”; por tanto, la juventud sólo es posible hasta luego de migrar y en contextos urbanos. Se entiende esto: o los sujetos son ineludiblemente adultos cuando migran o únicamente jóvenes hasta luego de migrar.²

La resistencia a observar esta relación (juventud/migración) como posibilidad para el actor social no es un señalamiento menor y radica en un conjunto de limitaciones conceptuales que han “sancionado o impuesto la aparición ‘real’ de la juventud” (en total acuerdo con González, 2003). La juventud, o lo juvenil, es una categoría tradicionalmente asociada a los contextos urbanos, la modernidad, lo modernizante (rural-urbano) y la industria cultural. Esta visión ha puesto por separado otras formas posibles de juventud desarrolladas en la “invisibilidad”, como es el caso de las juventudes rurales (Durston, 1997; González, 2003).³ Para el caso de los jóvenes que migran, es evidente que no pueden ser homogeneizados como jóvenes rurales, pero es posible establecer que su condición de juventud es igualmente invisibilizada por la predominante noción de que la juventud está inherentemente asociada a la de modernidad.

John Durston (1997) señala que las juventudes rurales han sido más bien “estereotipadas” con base en la carencia de un periodo de moratoria social (principalmente por la falta de periodos formativos institucionales como la escuela), el involucramiento temprano a las actividades laborales (homogeneizados como campesinos), la anticipada formación de familias y a que se desarrollan sin espacios juveniles que les sean propios. Para Yanko González Cangas (2003), los jóvenes en el contexto rural son casi vistos como una contradicción teórica para los estudios de juventud. En vista de que la juventud es considerada como un fruto del capitalismo, la industrialización, la urbanización y la modernización, la juventud es propiamente moderna-urbana. Este paradigma explicativo, apunta González (2003), tiene origen en el “surgimiento masivo de la juventud” en occidente, el cual ha homogeneizado las asociaciones con lo joven, lo juvenil.

² Estas apreciaciones las sintetizo de mi experiencia en interlocuciones académicas en el marco de diversos seminarios, congresos, reuniones y coloquios. Es también una apreciación que se puede leer entre líneas en varios de los textos aquí citados.

³ La “invisibilidad” a la que se refieren estos autores es entendida en múltiples esferas: desde el reconocimiento por parte de una sociedad amplia, pasando por la invisibilidad como sujetos pertinentes en el diseño de políticas públicas, hasta la invisibilidad en los discursos teórico-académicos que obvian su existencia o su inexistencia.

Rossana Reguillo (2000), en una evaluación sobre los estudios de juventud, considera que la literatura especializada sobre el tema ha privilegiado, entre otras preocupaciones, las formas agregativas de las culturas juveniles y el carácter disidente de los colectivos. O bien, la capacidad de los jóvenes para (re)crear espacios propios que denotan una frontera explícita en referencia al mundo adulto y la apropiación de un carácter contestatario a los sistemas (por medio del lenguaje, la estética, la postura política, etcétera). Sin embargo, la reflexión de Reguillo invita a explorar más allá de los colectivos y repensar lo dicho sobre los jóvenes para asumir la posibilidad de juventud en otros diversos espacios sociales; es decir, superar el estereotipo creado alrededor de la categoría de juventud. Si pensamos que en muchas ocasiones los jóvenes que migran son encomendados a la tarea de conseguir dinero para sus hogares de origen (Bolzman, 2007), y que retornan a sus lugares de origen con la intención de formar una familia (Reyes, 2010), parece evidente que las experiencias sociales de los jóvenes migrantes giran en torno de la familia, no del colectivo generacional, y que la expectativa es la integración social, no la disidencia; por tanto, la categoría no sería aplicable.⁴ No obstante, la juventud no es un fenómeno que se otorgue conceptualmente sino que se experimenta de acuerdo con su condición.

Al respecto, Mario Margulis y Marcelo Urresti (2008) apuntan que la juventud no sólo es una construcción simbólica sino que también está definida por una base fáctica común a todos los cuerpos: como energía vital que pone a lo “joven” en perspectiva a lo “viejo”. Esta noción va más allá de las concepciones que encajillan a la juventud en grupos etarios para proponer que la juventud es también una “situación singular existencial” (2008:21), donde se intersecta la cronología del cuerpo con la construcción “sociocultural, valorativa, estética (en el sentido de *aisthesis*: ‘percepción’, en griego) con la que se la hace aparente, visible” (2008: 22). A la luz de esta noción, la juventud no sólo es una relación generacional por su sentido colectivo-simbólico, sino por la interacción fáctica que separa a los jóvenes de los que no son jóvenes, independientemente de que la moratoria social no se haga presente. En ese sentido, el referente generacional no se presenta únicamente de manera “colectiva” y “contestataria”, sino que también puede manifestarse de manera íntima y en conformidad a las expectativas que una sociedad determinada tiene sobre sus “menores”.

⁴ Aquí aludo a aquellos jóvenes que migran con intención conseguir un empleo. Por supuesto, no es la única motivación que explique la migración de joven. Para este momento sólo estoy discutiendo los alcances explicativos del concepto de juventud en cuanto a las culturas juveniles refiere y más adelante abordaré otras motivaciones que explican la migración del joven.

En síntesis, y en consonancia con Margulis y Urresti (2008), los “modelos impuestos hegemónicamente” sobre la juventud oscurecen las diferentes maneras de ser joven dentro de diferentes contextos sociales, temporales, espaciales, políticos, económicos, entre otros más. A menudo tales modelos funcionan excluyendo a las juventudes donde son diversamente posibles para integrar a otros sujetos que, de hecho, no son jóvenes (Margulis y Urresti, 2008).⁵ Esta contradicción y problema teórico-conceptual deja en claro que la tarea en las investigaciones empíricas no se limita a negar la existencia o no de la juventud (o bien, su surgimiento) sino a abundar sobre los contenidos de esas construcciones culturales (González, 2003), donde invariablemente la juventud como periodo en la vida está presente.

Respecto a si los jóvenes migrantes pueden ser entendidos como parte de una juventud socialmente construida, requiere en primera instancia superar la visión hegemónica de lo que es considerado como una etapa de juventud. Lo que priva en este caso, y en cualquier otro contexto social determinado, es la condición en que se desempeñan las juventudes, donde serán referente otros posicionamientos sociales (como el género, el estatus social, la etnicidad, el referente cultural, la educación, la familia) y la capacidad del actor para generar contenidos que se integran a la noción fáctica de interacción generacional. Para el caso de los jóvenes que migran, veremos a continuación, dichos posicionamientos sociales interactúan en el marco de la migración internacional; con mayor medida se verán esos casos donde las constricciones locales dificultan el desarrollo de la vida, pero también que la decisión no siempre se crea en el marco de la desventaja económica o social. Pero sobre todo, será distinguible que los jóvenes integrarán a la decisión de migrar preocupaciones que les son propias, acentuando su protagonismo en este fenómeno social *como migrantes y como jóvenes*.

⁵ Me voy a permitir introducir aquí un dato interesante, aunque vagamente relacionado con lo que a este ejercicio ocupa: particularmente entre los espacios académicos de los postgrados y congresos, resulta chocante para los interlocutores la idea de disociar lo juvenil, como “signo”, de la juventud entendida en su “base fáctica” (corpórea, cronológica). Mi interpretación es que aquellos jóvenes académicos perciben con desagrado la amenaza de asumir que, en efecto, algunos han dejado de ser jóvenes. En otros contextos creados por el “trabajo de campo”, esta misma disociación no causa tanta reacción y es percibida más bien como parte de un proceso inherente al curso de la vida. Este contraste también ayuda a entender que, sin duda, lo que es la juventud se experimenta de manera diferente en contextos sociales diversos.

LOS JÓVENES EN LOS ESTUDIOS DE MIGRACIÓN INTERNACIONAL MÉXICO-ESTADOS UNIDOS. ALGUNOS APORTES DESDE LA ANTROPOLOGÍA

A continuación abordaré la exposición de algunos trabajos que nos refieren al joven como actor protagónico de la migración México-Estados Unidos. La exposición no será cuantiosa sino representativa de la relación juventud/migración; esto responde a dos razones. Primero, los estudios sobre esta relación no son precisamente abundantes. Si bien los jóvenes aparecen de manera decisiva en análisis y estudios de gran envergadura (véase un par de ejemplos en Ávila, Fuentes y Tuirán, 2000; CEPAL/OIJ, 2004), son escasos los aportes que introducen la migración de los jóvenes desde la perspectiva de los actores. Hernández Ramírez (2008) menciona que para el caso de la migración México-Estados Unidos siempre se ha priorizado, por una visión “adulcéntrica”, lo que ha contribuido a la “invisibilidad” del joven dentro del fenómeno. Por otra parte, interesará aquí hacer un breve análisis de los aportes sobre la cualidad de la migración del joven para sustraer elementos que podamos conectar más allá de las particularidades que invariablemente surgirán en cada uno de ellos. Desde una perspectiva antropológica, y en lo posible, se destacará principalmente la motivación para construir la decisión de migrar, los marcos que determinan o condicionan la migración de los jóvenes y los efectos que este evento introduce a sus vidas.

En su tipología, ahora clásica, Solien de González (1961), clasificaba a los jóvenes de América Latina como trabajadores temporales que hacían de la migración una “aventura personal” en vista de que permitía el contacto con “gente nueva”, lugares desconocidos y culturas diferentes. Para estos jóvenes la migración era recreada casi como un mito por otros migrantes, lo que despertaba interés por las experiencias fuera de su lugar de origen, el acceso a bienes materiales y el prestigio que acompañaba el hecho de explorar nuevos horizontes.

La idea de la migración interiorizada como una *aventura* deseable también aparece en bibliografías recientes. Huacuz Elías (2007), para un caso en el estado de Guanajuato, propone que la migración es definitivamente un mito en el que se destacan características cuasiheroicas del hombre cruzando la frontera, sorteando las dificultades que conlleva la migración indocumentada en un contexto que resulta contrastante, hostil y ajeno. En la migración, los más jóvenes ven la oportunidad de experiencias lúdicas, de aventurarse a lo desconocido, de realizar un “rito” de masculinidad que les permitirá ser “hombres de verdad”. También destaca el hecho

de que la migración es más viable en la juventud porque permite a los jóvenes generar sus propios ingresos y desmarcarse de las normas familiares. Un punto interesante en este trabajo establece que la decisión de migrar puede presentarse como un deseo y no como el resultado de una constricción del entorno. Si bien los jóvenes a quienes alude Huacuz (2007) pueden ser caracterizados por su desventaja económica, es evidente que la decisión de migrar también se crea con base en subjetividades que se crean colectivamente en torno a la figura del “migrante exitoso”.

Lo anterior se refleja en lo observado por Carolina Rosas (2008) en una zona rural veracruzana. En ese caso, los jóvenes también privilegiaban la migración como un suceso de aventura, una experiencia de sentido lúdico. El mismo hecho de ser menores, menciona Rosas (2008), y de no ser responsables del bienestar del hogar familiar, permite que desestimen la migración como una oportunidad de generar recursos económicos. Aquí la migración con sentido aventurero toma un papel aún más importante con el retorno del joven al lugar de origen; durante el retorno, el joven puede invertir la imagen del migrante exitoso, logrando una mejor posición social entre el grupo de pares y las mujeres.

El comportamiento lúdico o de aventurero ha sido también observado por Hernández León (1999) mediante un estudio en los barrios populares de Monterrey. El autor también apunta a que no todas las migraciones son una respuesta automática a las constricciones de los mercados laborales, las crisis y recesiones económicas. En el contexto urbano de Monterrey, explica el autor, el pandillerismo es una forma de adscripción colectiva juvenil que cumple la función de ofrecer redes de solidaridad entre grupos de pares. Como práctica de pertenencia de grupo, los jóvenes realizan migraciones recurrentes que recrean el desafío a la figura institucional de la frontera. Su trabajo en Estados Unidos es sólo esporádico para abastecer lo necesario, pues lo central es el vagabundaje y el “cotorreo” entre el grupo de pares. Un elemento que llama la atención para este caso es que las migraciones de aventura pasan a segundo plano cuando la intención del joven se redirige a motivaciones objetivas, como la consecución de un ahorro económico personal o la disposición de apoyar económicamente al núcleo familiar de origen. Para que esto se cumpla, los jóvenes abandonan las redes sociales entre el grupo de pares y se integran a redes sociales familiares que permitan la entrada a un empleo estable en Estados Unidos.

Como es notorio en estos aportes, la migración del joven es representada como un reto que luego de ser superado transforma su estatus dentro de un grupo referencial. Es una idea predominante para explicar, aunque parcialmente, la migración

de los jóvenes. Dentro de esta noción, la migración riesgosa (aventurera) reproduce o sustenta un rito de paso entre los jóvenes varones. Más adelante ocuparé un espacio para discutir los alcances explicativos de esta noción, y por el momento continuaremos con la exposición que ocupa a esta sección.

Ahora bien, el rito de paso no siempre tiene el mismo significado de riesgo y aventura. Para Rivera (2004), la migración del joven en la mixteca poblana puede ser entendida como un rito de paso, pues se considera como la siguiente etapa en la vida luego de completar la educación media. Carentes de otras oportunidades de desarrollo, los jóvenes de esta región formulan la idea de migrar a edades muy tempranas. Las instituciones educativas locales no responden a ciertas expectativas y los jóvenes esperan con ansia el terminar la educación secundaria para realizar su viaje a Estados Unidos. En poblados de mayor intensidad migratoria de la mixteca poblana incluso se han cerrado instituciones educativas por la falta de matrícula escolar, destaca la autora. La integración de los menores ha estimulado de manera significativa el flujo de las llamadas “remesas culturales”, lo cual ha cambiado tanto el paisaje de los poblados como las mismas valoraciones que se tienen sobre la migración. Es destacable en este caso que se atribuya a los jóvenes la cualidad de ser un vehículo importante para el flujo de nuevos estilos de vida desde los lugares de destino hacia los lugares de origen.

Aludiendo al mismo rito de paso, Kendel y Massey (2002), mencionan que los jóvenes zacatecanos que no intentan migrar son vistos como flojos, poco emprendedores e, incluso, indeseables como parejas. Según Kendel y Massey (2002), en aquellos lugares donde la migración está profundamente incrustada a la cultura local los jóvenes ni tan siquiera consideran otra opción en sus vidas y se integran a la migración para convertirse en adultos y prepararse para el matrimonio. En un argumento similar, pero sin considerar la posibilidad de un rito de paso, Parrado (2004) destaca que la migración es una estrategia fundamental para que los varones consigan reunir las condiciones materiales que les permitan la formación de una familia, reduciendo la incertidumbre y haciendo más realizable el evento de la unión conyugal.

Concediendo por el momento que la migración de los jóvenes puede funcionar como un rito de paso, estos aportes permiten también establecer que existe al menos una acepción alterna a la migración lúdica; ésta sería que la migración permite la generación de recursos y habilidades necesarias para la vida adulta. Podemos encontrar aportes que nos dan una noción sobre esta explicación alterna. Hernández Ramírez (2008), por ejemplo, encuentra entre los jóvenes de zonas rurales un comportamiento migratorio encaminado a la superación de vulnerabilidades familiares y

personales.⁶ Tradicionalmente se piensa, como se mencionó arriba, que la migración de los jóvenes está subordinada a la migración de la familia o al mandato de los jefes del hogar, por tanto los jóvenes tienen poca participación en las redes sociales que organizan la migración, lo cual ha sido una visión que ha limitado el interés de estudiar la migración de los menores como actores protagónicos (Suárez, 2006). Con su investigación, Hernández Ramírez (2008) demuestra que la migración de los menores ha sido fundamental para las familias en zonas rurales, cuando asumen las responsabilidades económicas y morales del bienestar de los hogares (por ejemplo, facilitando la educación de los hermanos). Un punto destacable en este aporte es distinguir que los jóvenes participan activamente en las redes sociales que organizan la migración (facilitando o excluyendo la participación de otros), lo cual les otorga mayor control sobre los recursos que generan dentro de la migración. De tal suerte, cuando los jóvenes consideraban como prioridad casarse o crear un patrimonio propio, optaban por limitar los recursos destinados a las familias de origen y en ocasiones se desentendían por completo de esa responsabilidad.⁷

Sobre todo cuando se habla de migración laboral, la generación de recursos económicos es un elemento central para entender los comportamientos estratégicos de subsistencia en la migración. En contraste, Marina Ariza (2005) señala que no todas las migraciones son una estrategia familiar y que los jóvenes no responden de manera automática a los mandatos de las estructuras sociales. Particularmente para los jóvenes con quienes trabajó en un contexto urbano, Ariza (2005) establece que la experiencia migratoria facilitó el planteamiento de un proyecto de vida autónomo y en contextos extrafamiliares, ya fuera para conseguir el financiamiento necesario para la educación o por la posibilidad de echar a andar una trayectoria laboral que no había tenido éxito en las condiciones locales.

Finalmente, quisiera cerrar esta exposición con el trabajo de París Pombo (2010), el cual considero un caso muy adecuado para ejemplificar cómo se conjuga la migración como estrategia de subsistencia validada socialmente y la centralidad de la migración en la experiencia de juventud desde lo local. Para algunos poblados de la mixteca oaxaqueña, la migración es el principal recurso de éxito personal y la mejor o única expectativa socioeconómica para niños y jóvenes, nos menciona la autora.

⁶ Dentro de un proyecto más amplio, para Hernández Ramírez (2008) fue posible establecer una observación comparativa de la migración juvenil en diferentes poblaciones rurales de Zacatecas, Guanajuato, Guerrero, Michoacán y Jalisco.

⁷ Un argumento similar puede ser encontrado en Cohen (2004) para el caso de la migración en el sureste oaxaqueño. En dicho aporte se hace patente que los jóvenes cortan sus responsabilidades económicas para con la familia cuando ya han formado una familia, sea en el extranjero o en la comunidad de origen.

El contexto de gran intensidad migratoria no sólo es explicable por la precariedad económica de los hogares, sino porque la migración es también vista como vehículo de éxito y prestigio social que incluso puede otorgar liderazgo político. Motivados por estas visiones de la migración, los jóvenes muchas veces dejan el colegio y se preparan para migrar, lo cual es bien visto por las familias, pues eso se traduce en una entrada de recursos económicos. Si bien éstos son cambios que experimenta la comunidad en conjunto, para los jóvenes el contacto con la migración les ha permitido entrar a nuevas dinámicas en su experiencia como jóvenes: optando por migrar antes de casarse, en vista de que el matrimonio a edades tempranas parecía ser un patrón dominante en el pasado; respondiendo a nuevos estándares de consumo, similares al de los centros urbanos; modificando el paisaje rural con nuevos diseños habitacionales; o modificando la misma representación corporal, mediante el uso de vestimentas, peinados, tatuajes, *body piercing*, etcétera.⁸

Hasta aquí dejaremos la exposición de algunos aportes que considero destacables para ejemplificar la migración de los jóvenes desde una perspectiva antropológica. Los elementos conceptuales que conectan a estos aportes se han ido esbozando, y con base en ellos podemos formular una idea sobre las perspectivas que han guiado la relación juventud/migración. Sin embargo, antes de enunciar concluyentemente estas conexiones, como había anunciado, me detendré particularmente en uno de esos conceptos (o nociones) para su reflexión crítica; toda vez que parece ser un concepto dominante pero también, según considero, erróneo y tomado a la ligera para referirse a la migración de los jóvenes: la migración “como un rito de paso”.

DESMITIFICANDO LA MIGRACIÓN JUVENIL: LA MIGRACIÓN COMO RITO DE PASO

Si como se afirma en algunos aportes que la migración es para los jóvenes un rito de paso, se podría replicar de manera precisa que la migración no es un rito y ahí podríamos terminar con dicha noción, al parecer, poco reflexionada. Sin embargo,

⁸ Sin demeritar el destacable trabajo de París Pombo (2010) para los estudios de migración juvenil, me gustaría establecer que también es necesario poner en perspectiva las afirmaciones que sobresignifican la migración como factor de cambio cultural. Como lo han señalado varios trabajos, la migración acarrea nuevas valoraciones culturales gracias a que interconecta diferentes modos de vivir en el aquí y allá de la migración transnacional, pero también es cierto que los procesos de urbanización, aunque a menudo desiguales, y la expansión de la tecnología comunicativa han tenido un impacto importante en la manera que los jóvenes van creando y reinterpretando nuevas visiones sobre la experiencia de la juventud entendida como símbolo.

como bien dice García (2010), “*cada vez es más aceptada la idea* de que la migración funge como un rito de paso para los jóvenes”⁹ y en consecuencia es importante detenerse a reflexionar sobre tal “idea”, toda vez que en la construcción del conocimiento es importante poner a prueba la eficiencia de estas nociones generalizadas.

La idea de la migración como rito de paso es, en efecto, una noción recurrente en los trabajos académicos que tratan la relación juventud/migración y la preocupación de aclarar esta noción no sólo radica en el desajuste conceptual que a continuación voy a explorar. Como es bien sabido, los discursos que creamos desde la academia muy a menudo (o al menos es una intención central en nuestro oficio) tienen eco en la construcción de otros discursos que se dirigen a la intervención social. Según considero, la potencial propagación de esa noción que afirma que la migración es un rito de paso entre los jóvenes puede llegar a oscurecer verdaderas situaciones de vulnerabilidad entre la población migrante joven. Desde mi postura, la predominancia de esta noción concede demasiado peso a las valoraciones culturales, de manera casi mecánica, y oculta la compleja articulación de las estructuras sociales que hacen de la migración un fenómeno diverso.

A veces es una noción usada muy de prisa y no se nos ofrece una explicación profunda del proceso que acciona para que los jóvenes vean en la migración un rito de paso hacia la adultez o a la masculinidad; si acaso, se nos menciona que la migración permite a los jóvenes generar las condiciones materiales para casarse y ser adultos; que la riesgosa aventura del migrante permite desempeñar estereotipos de masculinidad (como la valentía desafiante); o que la migración es sencillamente considerada como la siguiente etapa en el ciclo vital (por ejemplo, Kendel y Massey, 2002; Rivera, 2004; Rosas, 2008; París, 2010, que ya se han reseñado aquí). El escaso tratamiento de este concepto al lado de afirmaciones tan determinantes es ya motivo de duda. Vale hacer el reconocimiento a María Guadalupe Huacuz Elías (2007) y a Martha García (2010) por aportarnos mayores nociones sobre cómo podemos interpretar a la migración como rito de paso. Tomaré sólo el caso de Huacuz (2007), por cuestiones de espacio en este ejercicio y porque respalda teóricamente su trabajo en la obra clásica de Victor W. Turner: *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*, cuyos planteamientos, según aparece, sustentan la idea de la migración como comportamiento ritual.

Huacuz (2007) realiza un trabajo de investigación en el estado de Guanajuato, y su primera afirmación es que los jóvenes “tienen una visión especial (más lúdica) de la migración” (2007:452) en vista de que les representa una aventura. Para

⁹ El énfasis en cursivas es mío.

estos jóvenes, la migración es como “un mito de bienestar individual y social que se encarna en los mitos de construcción de la masculinidad” (2007:453): otorga poder económico, valentía en la aventura, reconocimiento social e independencia de los mandatos familiares. Pero también, esboza Huacuz, la migración permite que los menores entren al mundo de los adultos como proveedores de la unidad doméstica, lo cual da pie a una contradicción que nunca se nos aclara. Si se concede que la migración es una aventura lúdica, ¿cómo es posible que a la vez ésta funcione para entrar al mundo de los adultos con responsabilidades económicas y morales?

Ahora bien, sobre el *proceso ritual* de la migración, Huacuz expone las tres etapas del rito de paso, “según” Victor W. Turner: 1) separación del individuo de sus estatus sociales previos, 2) el limen o fase de umbral, y 3) reagrupación del individuo en un nuevo estatus. Destaco con entrecomillado “según”, y con temor a ser demasiado severo en esta crítica, porque de hecho la clasificación corresponde a Arnold van Gennep en el clásico libro *Los ritos de paso*, cuya lectura fue sumamente influyente para los trabajos de investigación de Turner, quien luego se encargó de popularizar esta clasificación en la antropología. En efecto, Huacuz propone que la etapa de *separación del individuo de sus estatus sociales previos* se caracteriza por la preparación antes de partir. Durante esta etapa la migración es vista como la única posibilidad de trascender individual y colectivamente, “una expulsión para llegar al paraíso’ [...] es el momento de la entropía que desestabiliza la estructura familiar y comunitaria” (2007:460). *La fase de limen o fase de umbral*, de acuerdo con Turner (1988), se caracteriza por la ambigüedad del sujeto ritual (el ‘pasajero’), pues presenta pocos o ninguno de los atributos de su estatus pasado o venidero (es un sujeto totalmente desestructurado). Para el caso de la migración en Huacuz, la analogía se entabla con el hecho de que los hombres se permiten expresar sentimientos que por mandatos del género no se mencionan en público: sentir miedo, soledad, tristeza. En esta fase también se ve a la migración como un “campo de batalla”, por lo que el hombre adquiere calidad de sujeto, casi “héroe local y nacional” (Huacuz, 2007:462). Por eso cuando la experiencia de los migrantes no se empata al mito de la migración prefieren no regresar hasta luego de muchos años. Y, como tercera etapa, la *reagrupación del individuo* viene con el migrante retornado, “exitoso”, que es reconocido por los individuos de la comunidad. Algunos regresan viejos para morir u otros se quedan definitivamente en Estados Unidos, pero lo importante es hacer notar que se alcanza el estatus de masculinidad hegemónica.

Van Gennep (2008) menciona que en las sociedades modernas muchas transiciones sólo dependen de lo “económico o lo intelectual” (2008:12) (p.e. que un

empleado se vuelva patrón o que un doctorante llegue a ser autoridad académica), pero existe otro orden, como cuando pasa un laico a sacerdote, donde es preciso realizar ceremonias pertenecientes a lo sagrado. En contraste, según el pensamiento de Van Gennep para su época, en las sociedades menos evolucionadas o semicivilizadas todo tiene que ver con lo sagrado, la vida misma y sus etapas, pues las bases de la sociedad descansan y parten de lo mágico-religioso. En ese sentido, y sólo en éste, es entendible que un *rito de paso* tenga por efecto pasar de una etapa a otra (sea rito en el ciclo de vida) o de una actividad a otra (sea rito de ‘instalación’) en virtud de un sistema que así lo establece. Es ésa la misma perspectiva teórica que Victor W. Turner abundó, con su trabajo de campo entre los ndembu en el noroeste de Zambia. Para Turner, cada elemento ritual (las moléculas o componentes básicos), cada acción en el ritual, cada individuo participante, y el mismo conjunto de rituales de un grupo social, expresaban temporalmente el orden de una estructura social determinada (1988).

Bajo esta precisión, se pueden establecer algunas objeciones a la “migración como un rito de paso”. Para comenzar, y en un sentido estricto, el rito de paso, como establecen van Gennep y Turner, alude a transiciones dentro de un sistema de correspondencia recíproca entre estructura social y pensamiento mágico-religioso, lo que es conceptualmente incompatible a las posibles etapas o transiciones sociales en sociedades contemporáneas. Aun si se omitiera el elemento sacramental de los ritos de paso y en vista de que la migración permite a algunos jóvenes generar recursos para entrar a la vida adulta (lo cual es socialmente validado), considero que esta visión es aún sobredimensionada. Los mismos aportes que hemos repasado señalan la existencia de otras vías posibles para cumplir transiciones en la vida, como la escuela. Caben entonces preguntarse: ¿acaso no logran validarse como adultos o como masculinos aquellos jóvenes que no migran?, ¿en verdad todos los jóvenes deben migrar para cumplir estas transiciones? Evidentemente, existen otras maneras de desempeñar los roles asignados al género, así como otras vías de llegar a la adultez. Es igualmente difícil de concebir que exista un consenso sobre la “función” de la migración, cuando los estudios antropológicos han señalado la presencia de factores múltiples que influyen en la decisión de migrar.

Luego, los rituales son expresiones temporales, lo que sencillamente significa que tienen un inicio y fin claramente establecidos; la migración en cambio, sucede eventualmente para determinados sujetos y es difícil saber en qué momento termina, toda vez que muchos individuos optan por migrar recurrentemente. En ese caso, ¿cada estancia migratoria podría ser un rito de paso diferente? Y si la primera

experiencia migratoria funge como rito de paso, ¿cómo se transforma en estrategia de vida que perdura indefinidamente? También se podría objetar que los ritos se componen de elementos insustituibles, suceden en pautas regulares y mediante acciones vigiladas por actores habilitados para intervenir en el rito; en cambio, si pensamos en la migración riesgosa de “aventura”, indocumentada, podríamos enlistar un sinnúmero de situaciones incontrolables para el migrante y la intervención de actores insospechados, que, además, van cambiando constantemente su percepción del migrante; ¿podríamos pensar que un agente fronterizo o un “ranchero vigilante” tienen conciencia de su rol en los ritos migratorios?

Los problemas conceptuales que presenta la migración vista como un rito de paso permiten descartarla como opción explicativa para el caso de la migración de los jóvenes. El objeto de esta crítica no es demeritar el trabajo de los autores y sus aportes al tema de la migración juvenil, pues indudablemente han sido valiosos para el propósito de este ejercicio, sino que el propósito ha sido poner en perspectiva esta noción que se va popularizando cada vez más sin haber sido exhaustivamente reflexionada, inclusive en este espacio. Finalmente, si se quisiera argumentar que la migración “como un rito de paso” funciona más bien como metáfora de esa migración que transforma profundamente la vida de los actores, me adelantaré a señalar que la noción de *rito de paso* tiene una carga teórico-conceptual de gran peso en los estudios antropológicos y por tanto es demandante seguir explorando sobre nuevas metáforas.

PARA CONCLUIR... Y PARA CONTINUAR

El propósito de este ejercicio no es precisamente emitir juicios concluyentes sobre la migración de los jóvenes sino integrarse a la discusión de un tema de interés que ofrece nuevas preguntas. En ese sentido, más que abordar una conclusión en este apartado final voy a integrar algunas reflexiones para una futura agenda investigativa. Para efecto de ello, y como primera inquietud, he reservado a propósito una reflexión que seguramente ya se ha establecido por el lector a lo largo de estas líneas; evidentemente se trata de la pregunta, ¿en dónde y cómo figuran las jóvenes mujeres en los estudios de migración internacional? Si los jóvenes han sido invisibilizados en los estudios antropológicos de la migración por su carácter “adulcéntrico” (Hernández Ramírez, 2008), las mujeres jóvenes han sido doblemente invisibilizadas por un predominante sesgo de género. Luego, si los estudios

que focalizan al joven varón como actor protagónico de la migración componen una literatura bastante reducida, lo que podríamos llegar a conocer sobre la *mujer migrante joven* tendría que ser mediante un rastreo de breves menciones; tarea tan impráctica como infructuosa.

Cuantitativamente, la población femenina caracterizada como joven en el flujo migratorio captado por la EMIF es notoriamente menor que la población masculina joven. Del total de mujeres cuantificadas por la EMIF para el 2009, 29.3% de ellas tenía entre 15 y 29 años de edad, mientras que los varones jóvenes (15 a 29 años) representaron 47.0% respecto al total de varones con destino en los Estados Unidos. No obstante, al menos desde 1993 la población femenina migrante ha incrementado de manera constante a diferencia de los varones, cuyo comportamiento ha sido más variable a través de los años (Solís y Alonso, 2009). Pero su protagonismo no debe ser relevante sólo por consideraciones cuantitativas, toda vez que aquellas “breves menciones” de su participación en la migración internacional proyectan relaciones claras en la intersección de los posicionamientos sociales de género y edad.

Por ejemplo, se ha documentado que en ocasiones las mujeres durante su tránsito a Estados Unidos son presa codiciada por las mafias del mercado sexual (Kumar y Jarquín, 2005), siendo las mujeres jóvenes el “objeto de deseo” máspreciado. También se sabe que pueden ser agentes centrales en el cambio de los patrones migratorios femeninos, que transitan de la “migración tradicional” (reunificación familiar o como acompañantes) hacia un “patrón emergente” de migración, como proyecto personal o en busca de trabajo (Solís y Alonso 2009). En otro estudio, Parrado y Flippen (2005) establecen que entre las mujeres residentes en Estados Unidos las jóvenes logran una mayor negociación armónica en las relaciones de poder entre géneros a comparación de las mujeres de mayor edad, principalmente porque estas últimas muestran una mayor tendencia a reproducir roles tradicionales de género (dependencia a las decisiones del hombre, privilegian el bienestar de la familia sobre el personal, etcétera).

Estas menciones, tan breves e inconexas entre sí, son la pista para un campo de investigación con urgencia a ser explorado. Por supuesto, los estudios de género han contribuido con aportes que difícilmente se pueden sintetizar aquí en unas cuantas líneas. El vacío que se reconoce es en el abordaje de la relación entre género y generación, lo cual puede aportar una mayor nitidez de análisis en el estudio de la configuración actual de la feminización del flujo migratorio.

Ahora bien, los aportes citados más arriba ayudan a formular una idea general de la manera en que se ha guiado la investigación sobre la relación juventud/

migración y parece posible sustraer dos contribuciones generales que pueden guiarse como hipótesis en futuras investigaciones. En primer lugar, que los jóvenes han incorporado al fenómeno migratorio conductas y expresiones antes desconocidas o subestimadas en los estudios sobre migración en México (como las identificaciones lúdicas, el reto de la aventura o el pandillaje transnacional), y que no responden exclusivamente a las constricciones de la economía familiar y local. En ese sentido, es pertinente mencionar que los jóvenes muestran una flexibilidad hacia los factores motivacionales no económicos de la migración, o bien, que los jóvenes no siempre construyen su decisión de migrar únicamente en base a la desventaja económica y laboral. En segundo lugar, que la migración tamiza la experiencia de alguno o varios eventos vitales en el curso de vida y que de igual manera, el joven puede asumir el cumplimiento de estancias migratorias para ir perfilando el paso a la vida adulta. De acuerdo con la bibliografía reseñada, a veces parece indefinible cuál de estas dos motivaciones predomina sobre la otra. Una tercera hipótesis a contrastar empíricamente es que ambas motivaciones conviven y se afectan recíprocamente a lo largo de la trayectoria del joven como migrante. Lo que destaca aquí es que la condición de ser migrante, permite crear un espacio social en el que se presenta tanto la posibilidad de desempeñar un periodo de identitario de juventud como la posibilidad de generar recursos y habilidades en transición a la vida adulta.

Otro elemento que parece conectar a varios de los aportes mencionados es la característica de retorno en la migración de los jóvenes. Al menos dentro de esta discusión bibliográfica es perceptible que en las expectativas del joven existe la intencionalidad de retornar a su lugar de origen, algunas veces para integrarse como parte de una categoría de reconocido estatus social (el migrante exitoso), otras para integrarse a la comunidad formando una familia. Aquí sería fundamental abundar sobre las prácticas económicas del joven retornado para tener una mejor perspectiva de las motivaciones que impulsaron su migración en contraste con el marco de reinserción a su lugar de origen. Como es bien sabido dentro de los estudios de migración, los jefes de familia entran a la migración recurrente cuando la familia atraviesa por necesidades específicas, cuando motiva la inversión a las actividades productivas locales y para el financiamiento de bienes de alto consumo (Cohen, 2004). En correspondencia, parece existir un vacío sobre el impacto que tiene la migración de los jóvenes en las economías locales.

Por otra parte, existen otros elementos de los que no tenemos pistas claras y valdría la pena plantear algunas preguntas al respecto. En contraste a la bibliografía

citada, éstas se encaminarían a responder sobre la experiencia migratoria del joven en el contexto del lugar de destino, donde se vivencia cotidianamente la condición de migrante. Ahí se ubicarían preguntas sobre los contenidos que se integran a la noción de juventud en el contraste de la experiencia entre el lugar de origen y destino; y sobre cómo éstos son contruidos tomando como referente al grupo de pares, la familia, el empleo, las relaciones entre géneros, etcétera.

También sabemos poco sobre el nivel de participación de los jóvenes en las organizaciones de migrantes en Estados Unidos y la manera en que éstas influyen en sus trayectorias como migrantes. Aunque es un hecho que los migrantes mantienen comunicación constante con sus comunidades de origen, poco sabemos sobre la apropiación o uso de tecnologías. O bien, si éstas han transformado las experiencias y percepciones sobre la separación que implica la migración, la organización de la familia transnacional e, incluso, la de la comunidad transnacional.

Por otra parte, existen evidencias sobre las prácticas sexuales de los migrantes, incluyendo a estudios de gran envergadura, toda vez que la práctica es asociada con el factor de riesgo a la salud de familias y comunidades. Sin embargo, no se ha explorado lo suficiente sobre la sexualidad corpórea, subjetivada, diversa, de los jóvenes migrantes. Así como tampoco se ha abundado sobre las relaciones de pareja más allá de la elección marital, habiendo un vacío importante en las representaciones sobre el amor filial, el amor sentimental, las relaciones de noviazgo, las cuales son también preocupaciones centrales durante el periodo reconocido como juventud. Finalmente, ante el recrudecimiento de la política fronteriza por parte de Estados Unidos y la intervención de asociaciones delictivas que controlan el paso fronterizo, cabe la gran pregunta sobre cómo estos factores han afectado el curso de vida de los jóvenes en esas localidades donde la migración es para algunos la vía imprescindible en su transición a la vida adulta y a la integración social.

Por supuesto, estas son sólo algunas interrogantes que se irán diversificando en la medida que nuestro interés y el diálogo nos lleven a profundizar sobre el estudio de la migración juvenil. La exposición que aquí se ha abordado requiere aún de un mayor análisis, el cual será refinado mediante la integración de las nuevas bibliografías que van surgiendo y la construcción de los marcos conceptuales que reflejan nuestras inquietudes sobre el tema. Quedando de manifiesto que seguir aumentando la literatura sobre la relación juventud/migración arrojará múltiples visiones sobre la manera en que evoluciona el proceso de la migración internacional México-Estados Unidos, toda vez que el joven da señal de ser actor central en la compleja transformación de este fenómeno.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIZA, M. (2005). "Juventud, migración y curso de vida. Sentidos y vivencias de la migración entre los jóvenes urbanos mexicanos". En: M. Mier y Terán y C. Rabell (coords.). *Jóvenes y niños. Un enfoque sociodemográfico*. México: Cámara de Diputados LIX Legislatura / IIS / FLACSO / Porrúa.
- ÁVILA, J. L.; Fuentes, C., y R. Tuirán (2000). "Migración temporal de adolescentes y jóvenes, 1993-1997". En: R. Tuirán (coord.). *Migración México-Estados Unidos. Continuidad y cambio*. México: CONAPO.
- BOLZMAN, C. (2007). "Juventud, transición hacia la vida adulta, globalización y migraciones". *Revista Iberoamericana de Juventud: Juventud y Migración*, 5:56-64.
- CEPAL/OIJ (2004). *La juventud en Iberoamérica. Tendencias y urgencias*. Santiago de Chile: CEPAL.
- COHEN, J. H. (2004). *The Culture of Migration in Southern Mexico*. Austin: University of Texas Press.
- DURSTON, J. (1997). "Juventud rural en Brasil y México: Reduciendo la invisibilidad". Ponencia presentada en el XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, agosto-septiembre, São Paulo, ALAS.
- GARCÍA, M. (2008). "Rituales de paso y categorías sociales en la migración internacional nahua del Alto Balsas, Guerrero". *Cuicuilco*, 15(42): 77-96.
- GENNER, A. van (2008). *Los ritos de paso*. Madrid: Alianza Editorial.
- GIDDENS, A. (1999). "Globalización". En: *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. México: Taurus.
- GONZÁLEZ Cangas, Y. (2003) "Juventud rural: Trayectorias teóricas y dilemas identitarios". *Revista Nueva Antropología*, XIX (63):153-175.
- HERNÁNDEZ LEÓN, R. (1999). "¡A la aventura! Jóvenes, pandillas y migración en la conexión Monterrey-Houston". En: Mummert, G. (ed.). *Fronteras fragmentadas*. México: El Colegio de Michoacán.
- HERNÁNDEZ RAMÍREZ, J. A. (2008). "Los jóvenes rurales. ¿Nuevos actores de la migración a Estados Unidos". En: Escobar Latapí, A. (coord.). *Pobreza y migración internacional*. México: Publicaciones de la Casa Chata.
- HUACUZ Elías, M. G. (2007). "Masculinidades emergentes: Una mirada polifónica de los ritos y mitos de la migración laboral internacional". En: M. L. Jiménez Guzmán y O. Tena Guerrero (coords.). *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. México: CRIM.

- JONES, C. R. (1995). "Immigration Reform and Migrant Flows: Compositional and Spatial Changes in Mexican Migration after the Immigration Reform Act of 1986". *Annals of the Association of American Geographers*, 85(4):715-730.
- KUMAR ACHARYA, A., y Jarquín Sánchez, M. E. (2005). "Globalización y tráfico de mujeres: Una lección desde México". *Migración y Desarrollo*, primer semestre, 4:42-53.
- MARGULIS, M., y Urresti, M. (2008). "La juventud es más que una palabra". En: M. Margulis (ed.). *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblos.
- MILLS, M., y H. P. Blossfel (2005). "Globalization, uncertainty and the early life course. A theoretical framework". En: H. P. Blossfeld; E. Klijzing; M. Mills y K. Kurz (eds.). *Globalization, Uncertainty, and Youth in Society*. Nueva York: Routledge.
- PARÍS POMBO, M. D. (2010). "Youth Identities and the Migratory Culture among Triqui and Mixtec Boys and Girls". *Migraciones Internacionales*, 5(4):139-154.
- PARRADO, E. (2004). "International Migration and Men's Marriage in Western México". *Journal of Comparative Family Studies*, 35(1): 51-71.
- PARRADO, E. A., y A. F. Chenoa (2005). "Migration and Gender among Mexican Women". *American Sociological Review*, 70(4):606-632.
- REGUILLO, R. (2000). "Las culturas juveniles: Un campo de estudio. Breve agenda para la discusión". En: G. Carrasco Medina (comp.). *Aproximaciones a la diversidad juvenil*. México: El Colegio de México.
- REYES EGUREN, A. (2010). "Juventudes migrantes. Jóvenes varones transitando hacia la adultez en el contexto de la migración México-Estados Unidos". Tesis de maestría en Antropología Social, CIESAS-DF.
- RIVERA SÁNCHEZ, L. (2004). "Transformaciones comunitarias y remesas socioculturales de los migrantes mixtecos poblanos". *Migración y Desarrollo*, 2, abril: 62-81.
- ROSAS, C. (2008). *Varones al son de la migración: Migración internacional y masculinidades de Veracruz a Chicago*. México: El Colegio de México.
- SOLIEN DE GONZÁLEZ, N. L. (1961). "Family Organization in Five Types of Migratory Wage Labor". *American Anthropologist*, 63(6):1264-1280.
- SOLÍS PÉREZ, M., y Alonso Meneses, G. (2009). "Una caracterización de las mujeres en tránsito hacia Estados-Unidos: 1993-2006". *Papeles de Población*, 15(62):253-283.
- SUÁREZ NAVA, L. (2006). "Un nuevo actor migratorio: Jóvenes, rutas y ritos juveniles transnacionales". En: F. Checa y Olmos; A. Arjona y J. C. Checa Olmos (eds.). *Menores tras la frontera. Otra inmigración que aguarda*. Barcelona: Icaria.
- TURNER, V. W. (1988). *El proceso ritual. Estructura y anti-estructura*. Madrid: Taurus.